



Sra. Matilde de la Garza de Margáin. † el día 23 de Abril de 1907.



EL NENÚFAR BLANCO

STÉPHANE MALLARMÉ.

Había remado mucho con un amplio movimiento neto y retardado, fijos los ojos en lo interior, en el completo olvido de avanzar, como corría alrededor la delicia de la hora. Tanta inmovilidad había que, rozado por un ruido inerte, en el que se deslizó hasta la mitad el *yole*, no advertí la parada sino por el brillo inmóvil de iniciales sobre los remos descubiertos, lo que me volvió á mi identidad mundana.

¿Qué sucedía? ¿en dónde estaba?

Fué preciso, para ver claro en la aventura, recordar mi partida pronta, ese julio de flamas, sobre el vivo intervalo, entre sus vegetaciones dormidas, de un siempre estrecho y distraído arroyuelo, en busca de floraciones acuáticas y con un designio de reconocer el paraje ocupado por la propiedad de la amiga, de una amiga á quien debía improvisar un saludo. Sin que el festón de ninguna hierba me retuviese ante algún paisaje rechazado más que otro, con su imagen por el mismo golpe imparcial de remo, acababa de encallar en alguna

mata de espadañas, término misterioso de mi viaje, en medio del río, en donde súbitamente ensanchado en fluvial sotillo, distiende un abandono de estanque, rizado por las indecisiones que parten que tiene una fuente.

La inspección detallada me hizo saber que ese obstáculo de verdura apuntado hacia la corriente, ocultaba el arco único de un puente, prolongado en tierra aquí y allá, por seto limitrofe de musgos. Me di cuenta. Sencillamente el parque de... la desconocida á quien saludar.

Una linda vecindad, durante la estación, el carácter de quien se ha elegido retiro tan húmedamente impenetrable, no pudiendo ser sino conforme con mi gusto. Ciertamente, había hecho de ese cristal su espejo, al abrigo de la indiscreción ostentosa de las tardes; ella acudía allí y la glaciada nube de plata de los sauces no estuvo, más pronto que la limpidez de su mirada, habituada á cada hoja.

Toda la evoqué, lustral.

Encorvado en la esportiva actitud en que me retenía la curiosidad, como bajo el silencio espacioso de lo que anunciaba á la extraña, sonrei al comienzo de esclavitud exhalado por una posibilidad femenina: lo que no significaban mal las correas que ataban el calzado del remador á las tablas de la embarcación, del mismo modo que se llega á ser uno con el instrumento de sus sortilegios.

«También otra cualquiera . . . » iba yo á terminar.

Cuando un ruido imperceptible me hizo dudar si la moradora de la ribera buscaba mi refugio, ó inesperadamente el estanque.

El paso cesó; ¿por qué?

Sutil secreto de los pies que van, vienen, conducen al espíritu adonde lo quiere la cara sombra envuelta en la batista y los encajes de una falda que afluye al suelo como para circuir del talón al pulgar, en un vuelo, esa iniciativa por la que el paso se abre, en lo más bajo y rechazados los pliegues en su seguimiento, un escape, con su doble flecha sabia.

¿Conoce un motivo, para su detención, ella misma, la que pasea; y no es, para mí, tender demasiado alto la cabeza, por entre estos juncos que no hay que sobrepasar y la mental somnolencia que vela á mi lucidez, interrogar á tal punto el misterio?

—«A qué tipo se ajustan vuestros rasgos, siento su precisión, señora, interrumpir lo instalado aquí por el ruido de una llegada, ¡si! ese encanto instintivo de lo oculto no defendido contra el explorador

por el más auténticamente anudado, con un bucle de diamante, de los cinturones. Tan vago concepto se basta, y no transgredirá la delicia llena de generalidad que permite y ordena excluir todos los rostros, al punto que la revelación de uno (no váyais á inclinarlo, patente, sobre el furtivo dintel en que reino) ahuyentaría mi turbación, con la que nada tiene que hacer.»

Mi presentación, en este traje de mero-deador acuático, puedo intentarla, con la excusa del azar.

Separados, se está próximo: me mezclo á su confusa intimidad, en esta pausa sobre el agua en la que mi sueño retarda lo indeciso, mejor de lo que una visita seguida de otras autorizaría. ¡Qué de ociosos discursos, en comparación del que sostuve para no ser oído, serían necesarios antes de volver á hallar tan instintivo acuerdo como el presente, el oído al ras de la madera hacia la arena entera que se ha llamado.

La pausa se mide por el tiempo de mi indecisión.

Aconseja, ¡oh ensueño! ¿qué hacer?

Resumir en una mirada la ausencia virgen esparcida en esta soledad, y como se corta en memoria de un sitio uno de estos magníficos nenúfares cerrados que en él surgen de súbito, que envuelven en su hueca blancura una nada, hecha de sueños intactos, de felicidad que no habrá de realizarse y de mi aliento retenido aquí, por el miedo de una aparición, —con ello partir: tácitamente, contrarremando poco á poco, sin que por un choque rompa la ilusión, ni el claqueteo de la visible bola de espuma arrollada en mi fuga arroje á los pies advenedizos de nadie, la transparente semejanza del rapto de mi flor ideal.

Si atraída por una sensación de lo insólito, hubiera aparecido la Meditabunda ó la Altiva, la Hosca, la Alegre, tanto peor para este indecible aspecto que ignoro para siempre! porque llevé á cabo en toda regla la maniobra: me desprendí, viré y bordeaba ya una ondulación del arroyo, llevando como un noble huevo de cisne, tal que de

él no emprenderá el vuelo, mi imaginario trofeo, no henchido sino de la ausencia exquisita de sí mismo que gusta, en estio, perseguir en las avenidas de su parque, toda mujer, detenida á menudo y largo tiempo, como al borde de una fuente que franquear ó de alguna extensión llena de agua.

Trad. de R. GÓMEZ ROBELO.

LA MUERTE DE LA "REVISTA AZUL"

El viejo *repórter* que pretendió resucitar la «Revista Azul» de Gutiérrez Nájera, con un absurdo programa antimodernista, radicalmente opuesto al amplio espíritu de tolerancia del fenecido fundador, ha declarado que el fracaso pecuniario le obliga á desistir de su censurable y censurado intento.

Ha sido, pues, completo el triunfo de la juventud que protestó contra el desacato, en el manifiesto publicado el 7 de Abril, y en la gran manifestación pública del 17, con la procesión vespertina y la velada nocturna, en las cuales, la falange juvenil (en cuyo nombre hablaron en prosa y en verso, Rafael López, Max Henríquez

Ureña, Ricardo Gómez Robelo y Roberto Argüelles Bringas), fué apoyada por Urbina, por nuestro director Valenzuela y por Urueta, cuyo verbo poderoso tronó contra la profanación.

El público, en este caso, no fué el niño eternamente engañado; la protesta le hizo abrir los ojos. Y no poco significó en este proceso el hecho de que los más respetables cultivadores de las formas tradicionales —el Obispo Pagaza, Rafael Delgado, Salado Alvarez, el Dr. Manuel Flores,— negaran su apoyo al programa de intolerancia de la fracasada «Revista Azul» apócrifa.

Canción de la Noche en el mar.

¿Que barco viene allá?
 ¿Es un farol, ó es una estrella?
 ¿Que barco viene allá?
 Es una linterna tan bella...
 Y no se sabe á donde va!

Es Venus, es Venus la bella!
 ¿Es un alma, ó es una estrella?
 ¿Que barco viene allá?
 Es una linterna tan bella...
 Y no se sabe á donde irá!

Es Venus, es Venus, es Ella!
 Es un farol y es una estrella
 Que nos indica el mar allá
 Y que el Amor sublime sella:
 Es tan misteriosa y tan bella
 Que en la noche deja su huella
 Y no se sabe á donde va!

Dubén Darío

Oceano Atlántico, MCMVI



Exmo. Sr. D. Enrique C. Creel, Embajador de México en Washington, recientemente electo Gobernador Constitucional del Estado de Chihuahua.



A UN CUISTRE

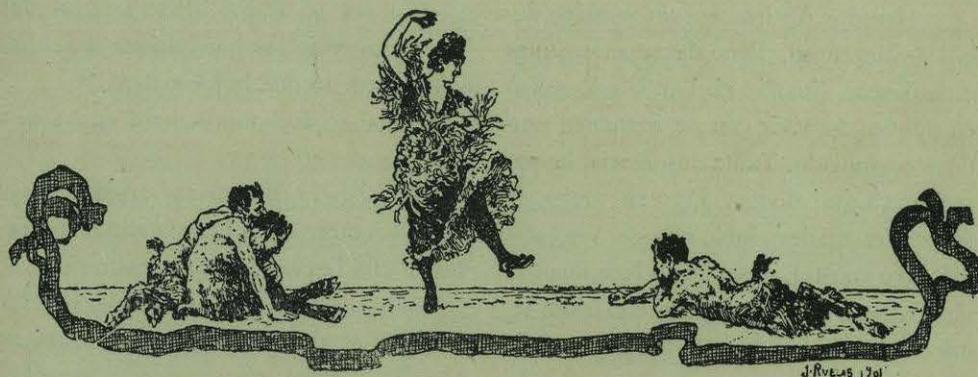
Deja al poeta con el mundo á solas:
sabr  llegar, con derrotero cierto,
adonde se alza el verdadero puerto,
  pesar de la furia de las olas.

Tus consejos, son necias barcarolas
cuando ruge el ciclón sobre el desierto
mar de la triste vida.  En el mar muerto
sólo est n bien tus vanas gloriolas!

El arte es uno, y el poeta un día
penetrar  el dintel bravo y eterno
de la belleza, deslumbrante y p a:

su evolución   su pericia f a.
Siglo *dos mil*, tan nuevo y tan moderno,
 cu les serán tu ciencia y poesía?

JESÚS E. VALENZUELA.



EL TEATRO EN PARÍS

EL TRIUNFO DE "SALOMÉ"

Los mismos periódicos que hace un par de meses, no se atreverian   aconsejar al director de la Gran  pera que pusiera en escena la obra de Richard Strauss, tienen hoy que confesar que: «nunca un teatro parisiense ha producido tanto como el Ch telet durante la semana de «Salomé.»

Según las cuentas de la Sociedad de Autores, en efecto, las seis representaciones recientes, dieron un total de ciento noventa mil trescientos sesenta y seis francos, repartidos del modo siguiente:

Primera representación, 39,278 francos.

Segunda idem, 28,605 idem.

Tercera idem, 30,217 idem.

Cuarta idem, 30,197 idem.

Quinta idem, 30,102 idem.

Sexta idem, 31,968 idem.

 Qu  lección para los que en nombre de los «intereses materiales,» tratan de desterrar del teatro la leyenda y la poesía!

 Qu  ejemplo para los que, desde osos de la vulgaridad triunfante, se consagran al cultivo de las imágenes suntuosas!

«Salomé,» la «Salomé» que Wilde escribió en francés, es una de las obras más extraordinarias que ha producido nuestra época. Aprovechando la historia como una fuente de inspiraciones, el pobre y grande poeta inglés logr  crear una de esas «verdades posibles» que llegan, poco   poco,   sobreponerse   la «verdad real.» De todas las «Salom s» que   través de los siglos han ideado los hombres, sólo ésta, la última de todas en fecha, pero la primera en belleza, establece un mito nuevo, más ardiente y más trágico que el mito original. Nuestro maestro, Anatole France, que, como todos los poetas, ha buscado en la historia la huella de la princesa sanguinaria, me explicaba hace poco tiempo, hablándome de un estudio suyo en preparación, lo que la exegesis le había permitido descubrir en la enmarañada selva de las crónicas judaicas.

—Herodes Antipas era un príncipe débil y voluptuoso, lleno de supersticiones y de deseos. Cuando el Bautista lo acusó en público de vivir con su hermana, sintióse conmovido. Tanta insolencia, le pareció un signo divino. Pero su mujer, la feroz Herodiades, juró que se vengaría del duro apóstol, y sabiendo la influencia que Salomé, hija de su primer marido, tenía en el tetrarca, durante los instantes de lujuria y de embriaguez, le aconsejó que pidiera en la primera ocasión la cabeza del Bautista. Y es probable que la escena fué tal cual la Biblia nos la refiere.

En este punto, Anatole France, como Huysmans, como Gustave Moreau, como Flaubert, como todos los que han estudiado á fondo la leyenda salomeica, están de acuerdo con los comentaristas católicos de los textos sagrados. Sólo Oscar Wilde, erudito también, pretendía que la historia aceptada por la Iglesia era una impostura, porque el poeta inglés creía en su invención como en una verdad revelada.

—Los evangelistas — solía decir — se pusieron de acuerdo para mentir en esto como en otras cosas.

Y después de leer en alta voz las breves líneas que San Mateo consagra á Salomé, exclamaba:

¿Es posible que haya sido tan pálida aquella tragedia que de tal modo ha impresionado á los siglos?

El texto bíblico, en efecto, no es muy luminoso.

Helo aquí:

«El día del festín de la natividad de Herodes, la hija de Herodiades bailó en medio y gustó al rey.

«Y éste le ofreció, bajo juramento, que la daría todo lo que le pidiera.

«Y ella, aconsejada por su madre, le dijo:

«Dame, en una fuente de plata, la cabeza de Juan el Bautista.

«Y el rey se afligió. Pero á causa del juramento y de los que estaban sentados con él, ordenó que le fuese dada.

«Y mandó decapitar á Juan en su prisión.

«Y la cabeza de éste fué traída en un plato y entregada á la hija de Herodiades. Y ella la presentó á su madre. . . .»

Wilde tenía en este punto un evangelio propio. La cabeza del Bautista le parecía demasiado santa para que una princesa se decidiera á pedirla sin tener en ello un interés personal.

—La fábula de la obediencia — solía decir — es absurda.

La única fábula que se le antojaba verosímil era la del amor.

En su obra, que hoy aplaude el mundo entero, vemos á Juan el Bautista lanzando desde su prisión anatemas formidables contra Herodes: Salomé, que lo ve, se enamora de él, y exclama:

—Sus ojos son terribles. Parecen los negros agujeros que dejan las antorchas en un tapiz de Tiro. Son como las cavernas oscuras en que habitan los dragones, ó bien como lagos negros que agita el influjo de lunas fantásticas.

Pero Yokanaán, en vez de sentirse atraído por las sonrisas de la virgen voluptuosa, la cubre de improperios. La escena es admirable, y en realidad contiene toda la esencia del drama.

—Hela aquí completa:

—¿Quién es la mujer que me mira? — pregunta San Juan. —¿Por qué me mira con sus ojos de oro, que brillan bajo sus párpados amarillos? No sé quién es; no quiero saberlo. . . . Decídla que se marche; no quiero hablarla. . . .

—Soy la hija de Herodías, princesa de Judea — contesta Salomé. —

—Atrás, hija de Babilonia! ¡No te acerques al elegido del Señor! Tu madre ha manchado la tierra con el oprobio de sus

iniquidades, y el clamor de sus pecados ha llegado hasta el trono del Señor.

—¡Prosigue, Yokanaán! ¡Tu voz me embelesa!

—¡No te acerques, hija de Sodoma! Cubre tu rostro con un velo, pon ceniza sobre tu cabeza, y ve al desierto en busca del Hijo del Hombre.

—¿Quién es el Hijo del Hombre? ¿Es tan hermoso como tú, Yokanaán?

—¡Espíritu de Dios, Señor nuestro! ¿Qué haces ahí con tu cuchilla levantada? ¿Qué buscas en este palacio inmundo? ¡No ha llegado aún el día del que debe morir vestido de plata!

—¡Yokanaán!

—¿Quién me habla?

—¡Yokanaán! Estoy enamorada de tu cuerpo, que es blanco como el lirio que nace en la pradera, nunca hollada por la planta del segador. Tu cuerpo es blanco como la nieve de los montes de Judea, que desciende al fondo del valle. No son tan blancas como tu cuerpo las rosas que florecen en el jardín de la reina de Arabia, ni los pies de la aurora cuando caminan leves sobre el follaje, ni el disco de la luna cuando se refleja en la llanura del mar. . . . Nada, nada en el mundo existe de una blancura comparable á la de tu cuerpo. Déjame tocarlo, solamente tocarlo.

—¡Atrás, hija de Babilonia, atrás! ¡El mal ha venido á la tierra por culpa de la mujer! ¡No me hables, no quiero escucharte! Sólo tengo oídos para la palabra de Dios.

—Tu cuerpo es inmundo, como el del leproso. Diríase una pared de yeso, por donde pasaron víboras y en la que anidaron escorpiones; como sepulcro blanco por fuera y lleno de podredumbre en su interior. ¡Oh, qué horrible es tu cuerpo! ¡Sólo tus cabellos me gustan, Yokanaán! Tus cabellos, que se parecen á los racimos negros que cuelgan de la viñas de Edom,

y también á los grandes cedros del Libano que dan sombra á los leones y amparo al malhechor que huye de la claridad del sol. Las noches largas y profundas, cuando la luna se esconde y las estrellas no esplenden, son menos negras que tus cabellos. No es tan negro el silencio que puebla las selvas. Nada hay en el mundo tan negro como tus cabellos. Permíteme tan sólo que los toque.

—¡Atrás, atrás, hija de Sodoma! ¡No quiero que te acerques á mí! ¡El templo del Señor no debe profanarse!

—Tus cabellos son horrorosos. Están cubiertos de polvo y cieno. Parece que se hubiera colocado una corona de espinas en tu frente y que un nido de sierpes se enroscase á tu cuello. No me gustan tus cabellos. Sólo tu boca me parece hermosa, Yokanaán! Tu boca es como una cinta de escarlata en torre de marfil, como granada abierta con cuchillo de plata. No son tan rojas como ella las flores del granado que nace en los jardines de Tiro. Su color es más vivo que el de las mismas rosas. Menos encarnados son que tu boca los gritos rojos de las trompas que anuncian la llegada de los reyes y ponen espanto en las huestes enemigas. Tu boca es más encarnada que los pies que huellan la uva en el lagar; más roja que las de las palomas que habitan en los templos y que los sacerdotes cuidan; más que los pies del que regresa del bosque después de haber matado leones y tigres. Es tu boca como la rama de coral cogida por los pescadores en el crepúsculo y que se guarda para los reyes, como el bermellón que los de Moab extraen de sus minas y que los reyes les arrebatan. Es como el arco del rey pérsico, teñido de rojo y con cuernos de coral. Nada, nada existe en el mundo tan rojo como tu boca. . . . Deja que la bese. . . .

—¡Jamás, hija de Babilonia! ¡Hija de Sodoma, jamás!

—¡Quiero besar tu boca, Yokanaán, la quiero besar! ¡La besaré á tu pesar!
Después de leer esta escena, se comprende toda la tragedia. Salomé, herida en su amor y en su amor propio, jura vengarse y pide á su tío el tetrarca la cabeza del Bautista, para poder besar muertos, los labios que, vivos, la rechazaron.

El final de la obra, es de una grandeza trágica y sensual, que espanta. La princesa recibe de manos del verdugo la cabeza cortada, y besándola exclama:

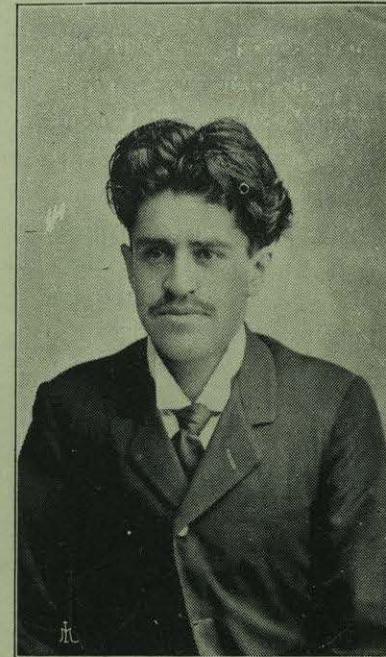
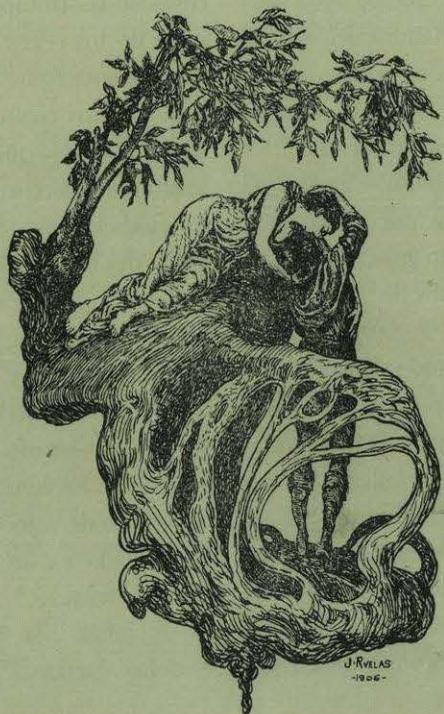
—¡Ah! ¿No has querido dejarme besar tu boca? ¡Pues bien! ¡Impídelo ahora! Ahora la besaré, la morderé con mis dientes, como se muerde el fruto aperecido. . . . Te lo repito. Ahora besaré tu boca á mi antojo. . . . ¿Mas por qué no me miras, Yokanaán? Tus ojos, tus terribles ojos, ya inflamados por la cólera, ya fulminadores del más profundo desprecio, se han cerrado para siempre. ¿Por qué se cerraron? ¡Ábrelos! ¡Levanta tus párpados, Yokanaán! ¿Por qué no me miras? ¿Acaso

me temes? ¿Por qué no quieres mirarme? Tu lengua, que era como sierpe venenosa, ha enmudecido, Yokanaán. Verdaderamente es prodigioso. ¿Cómo es que no se agita ya la víbora roja? No me has querido, Yokanaán. Me has despreciado. Me has arrojado al rostro los insultos más crueles. Me has tratado de cortesana y ramera, ¡á mí! ¡á Salomé, hija de Herodiades, princesa de Judea! Y, sin embargo, Yokanaán, yo vivo todavía y tú ya no. ¡Y tu cabeza me pertenece! ¡Puedo hacer de ella lo que me plazca! ¡Puedo arrojarla á los perros ó entregarla á las aves de rapiña. . . . ¡Ah, Yokanaán, Yokanaán! Has sido el único hombre que he amado. . . .

Tal es la tragedia como Oscar Wilde la inventó. Pero al decir que «la inventó,» temo herir las manos de mi pobre amigo, que pretendía ser sencillamente el historiador verídico de un episodio que los evangelistas habían adulterado.

E. GÓMEZ CARRILLO.

(De «El Imparcial,» de Madrid).



Antonio Caso.

LA CONFERENCIA SOBRE NIETZSCHE *

.....
«Vino en seguida la Conferencia de Antonio Caso sobre «La significación y la influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno.» Con verdadera entonación y facilidad de orador, abordó Caso el tema, presentando en rápido cuadro la rara personalidad de Nietzsche y su actitud de opositor de los ideales de la civilización contemporánea. Explicó cómo á esto se debía la estupenda resonancia de su obra y la influencia que ejercía en las conciencias modernas; y le definió como un filósofo artista, más artista que filósofo. Analizó la mentalidad de los filósofos, comparándola con la de los artistas, y estableciendo la diferencia entre ambas: la primera tiende á dominar y abarcar lo general, lo universal; la segunda se detiene en lo individual. Tuvo frases bellísimas al exultar

la personalidad de tres hombres que han ascendido á igual altura de mentalidad filosófica y de temperamento artístico: Platón, Leonardo da Vinci y Goethe.

Explicó que Nietzsche no alcanzaba la cumbre de la filosofía como Kant ó Schopenhauer ó Spencer, porque no había construido una doctrina sistemática; y le analizó en sus tres fases: artista, moralista, filósofo. En la primera, le concedió altísimas dotes, aunque sin aceptar su explicación pesimista del arte griego; respecto de la segunda, declaró, apoyado en Foullée, que no era un immoralista como Max Stirner, porque tenía un ideal de moralidad condensado en el «superhombre;» en cuanto á la tercera faz, indicó que Nietzsche procedía de los «experencialistas,» vulgarmente llamados positivistas, exagerando las tendencias de éstos hasta el extrem

* El mes de Julio, (*La Revista Moderna* publicará íntegra la Conferencia del Sr. Caso).